
Un pronóstico realista de la intervención francesa en México

Guillermo O'Brien

En una columna editorial, Jean Meyer comparó alguna vez la intervención francesa en México con las guerras de Afganistán e Irak. Al igual que el ex presidente norteamericano George W. Bush, Napoleón III “lanzó a su país a una aventura tan fútil como siniestra, que se debió considerar como una locura desde el principio [...] Intoxicado por las informaciones de sus diplomáticos y de los exiliados mexicanos, el emperador vio la cosa tan fácil que no se hizo ningún estudio serio, ni preparativos tampoco. Todo fue improvisación sobre la marcha hasta que la “gloriosa empresa” se transformó en [una] pesadilla” (*El Universal*, 29 de agosto de 2010). Y es que, como observa Meyer, la intervención francesa poco tuvo de conservadora: más bien se trató de un intento “voluntarista” de transformar la realidad mexicana por la fuerza de las armas y de los decretos bienintencionados. Visto con calma, el gran “pensamiento napoleónico” estaba muy cerca de los anhelos liberales: no pretendía restaurar el Antiguo Régimen, sino establecer una monarquía constitucional, ilustrada y tolerante, capaz de oponer una barrera eficaz al insaciable imperialismo de los “yankees”. Los costos de la guerra, las inercias del pasado y los desafíos de una realidad desconocida y extraordinariamente compleja eran lo de menos. En este sentido, también a Napoleón III podría calificársele como un “vaquero bolchevique”, mote acuñado por Daniel Cohn-Bendit para referirse a los “halcones” republicanos que vieron en la guerra de Irak una vía rápida hacia la transformación económica, política y social del Medio Oriente.

Dejando a un lado la tenacidad de Juárez y su gabinete, no son muchos los testimonios de una visión realista de la aventura imperial francesa en México. Entre ellos vale la pena destacar esta carta confidencial fechada

en abril de 1863 y dirigida al arzobispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía. Su autor es Guillermo O'Brien, un comerciante y banquero español residente en París desde 1828, pero que mantuvo siempre una relación muy estrecha con la elite política y financiera mexicana, al grado de ser nombrado cónsul honorario de México en Francia durante la década de 1850. Si bien O'Brien había sido corresponsal y agente de José María Luis Mora, su carta no deja entrever simpatía alguna por los líderes de la revolución liberal, a quienes acusa de ser unos "héroes improvisados", deseosos de "vivir a costa del país, robando y cometiendo todo linaje de excesos". De hecho, por momentos parecería que O'Brien comparte las esperanzas de los *émigrés* mexicanos, pero su pronóstico de la apuesta imperial no deja lugar a dudas. En su opinión, la intervención francesa en México estaba condenada al fracaso por dos razones fundamentales. En primer lugar, el experimento no contaba con el respaldo mayoritario de la población francesa, debido a su altísimo costo económico y humano; eventualmente, pronosticaba O'Brien, las presiones domésticas obligarían a una retirada del ejército expedicionario, lo cual dejaría prácticamente indefenso al emperador mexicano. En segundo lugar, O'Brien sabía que el presidente Juárez no estaba dispuesto a entregar el poder tan fácilmente: primero se proclamaría representante del "gobierno legítimo" de México y después encabezaría una larga y ruinosa lucha contra sus enemigos, tras la cual el país se encontraría en un estado de anarquía y desorden, listo para ser devorado por los "yankees".

Más allá del acierto de sus predicciones, un aspecto interesante de la carta radica en el escepticismo de su autor frente a las formas y los cambios constitucionales. Para O'Brien daba lo mismo que el país se organizara como república o monarquía: en México no existían hombres lo suficientemente honrados y capaces que pudieran hacerse cargo de la administración pública, ni tampoco una población "trabajadora, industriosa [y] acostumbrada a respetar las leyes". Merced a sus "imbéciles" y "malvados" gobernantes, el pueblo mexicano se hallaba "desorganizado" y "corrompido": para constituir la nación era indispensable educar primero al pueblo, y ya se sabe que esto "no se hace como por encanto". Además, poco podría lograrse mientras México siguiera siendo un país caracterizado por la miseria y la desigualdad. Las naciones fuertes, sostiene O'Brien, son aquellas

“donde la fortuna pública se halla repartida de modo que tanto el rico propietario como el pobre artesano [tienen] un interés [común] en la conservación del orden”.

Atrapado por su pesimismo, el diagnóstico de O'Brien no sugiere remedios concretos para los problemas de México, y es tal vez en este aspecto donde se encuentra la principal flaqueza del “temperamento” conservador. A diferencia de los “héroes improvisados” comandados por Juárez, el realista O'Brien no defendía un ideal político que, por simbólico e impracticable que fuese, pudiera despertar las energías y los afectos de la población. Por eso O'Brien termina lamentándose por la inevitable desaparición de la “raza” mexicana y sugiere a su amigo Munguía que, de ser posible, se abstuviese de volver a la diócesis de Michoacán. Hasta donde tengo noticia, la carta de O'Brien no trascendió a la opinión pública, pero sí tuvo un eco en el ánimo del arzobispo michoacano, quien nunca vio con entusiasmo la aventura imperial. Prueba de ello es que en diciembre de 1865, a petición expresa de Pío IX, Clemente de Jesús Munguía elaboró un durísimo dictamen recomendando a la Santa Sede que no firmara un concordato con Maximiliano. Sus razones: que el proyecto de concordato era una amenaza para los derechos, libertades e independencia de la Iglesia, y que, a fin de cuentas, el trono imperial estaba “en el aire”. Deslegitimado por su “carácter antinacional”, sin ejército propio, agobiado por la crisis económica, enfrentado a un “partido tenaz e intransigible”, y para colmo amenazado por el resurgir de los Estados Unidos, el Imperio no tardaría en caer. Y así fue. (Pablo Mijangos y González)

Archivo Histórico Casa de Morelos, en Morelia Michoacán. Fondo: Diocesano; sección: Gobierno; caja 76, expediente 465.

Confidencial

París, 12 de Abril 1863

Illmo. Sr. Dn. Clemente de J. Munguía, Arzobispo de Michoacán, Roma.

Mi respetado Sr. y distinguido amigo: En su última apreciable carta me pidió V. le comunicare las noticias que tuviera de México, y le diese mi opinión sobre el resultado que tendría la intervención que este gobierno ha

tomado en los negocios de aquel país. Sobre lo primero nada puedo decir a V., pues las últimas noticias directas que tengo de Veracruz y de Orizaba se reducen a confirmar la salida del ejército francés del último punto, así como la del General Forey para Puebla; y dos cartas de fecha anterior (que no sé por dónde) de México recibí por el último vapor, pintan la situación de la capital con los coloridos más sombríos. Los diarios nos dicen, con referencia a despachos de los Estados Unidos, que Forey, dejando 10 mil hombres delante de Puebla, había avanzado con el resto del ejército sobre México y se hallaba a cosa de once leguas de la Capital. Me parece debe darse resguardo a esta noticia. No creo que el vapor que esperamos dentro de cuatro o cinco días pueda traernos aún nada de definitivo sobre la entrada en Puebla; y no será probablemente hasta la llegada del paquete inglés a fin de este mes que podremos saber algo de cierto.

En cuanto a mi opinión sobre el desenlace que tendrán los sucesos que por allí tienen ahora lugar, quisiera no tener que darla, porque es tan triste y desconsoladora, que hasta temo se tenga por exagerada, o nacida de un sentimiento que ciertamente no abrigo cuando se trata de un país, en cuya suerte me intereso por mil y mil causas que V. y todos mis amigos conocen. Temó además explicarme con toda franqueza sobre esta materia, porque es necesario decir algunas cosas que, por más que sean verdades, pueden sonar mal y lastimar la susceptibilidad de personas, que, como V., abrigan un sincero amor por ese país. Pero V. me lo pide, y le debo demasiadas atenciones para negarle una respuesta tan sin reserva como pudiera V. desear.

Hace muchísimos años que estoy convencido de que la suerte de México ha de ser, tarde o temprano, la de desaparecer *como Nación Mexicana*. Sería muy largo dar a V. las razones en que me fundo, pues sería preciso remontar a la época de la proclamación de la Independencia. He sido testigo ocular de cuanto allí pasó de 1820 hasta 1828, he tenido una parte activa en la administración hasta aquella fecha, y conozco a fondo las personas y las cosas para poder formar mi juicio. He vivido aquí después durante 35 años, y mis relaciones de familia, de amistad, de interés y de negocios, me han tenido en continua correspondencia con aquel país: V. sabe muy bien que siempre hemos ido de mal en peor, y que últimamente la desorganización y el escándalo (es la verdadera palabra) llegaron a un punto tal, que no se oían sino votos por una intervención extranjera, como único medio de

salvación. Dudé siempre de la eficacia de este remedio; pero en fin, como era la única esperanza que quedaba, vi con satisfacción que la Francia, la Inglaterra, y la España se pusieron de acuerdo para intervenir. No hay para qué repetir el desenlace que tuvo la expedición enviada por las tres Potencias, desenlace tan imprevisto como funesto, y que ha puesto a México en una situación peor, si es posible, que la que ya tenía. Quedaron los franceses solos, y V. sabe lo que ha ocurrido hasta la fecha. La cuestión, pues, es ahora, qué sucederá y qué puede esperarse para el porvenir. Muy difícil sería decir lo que allí estará pasando en esta fecha y todas las complicaciones que pueden sobrevenir, pero sin ser temerario podría uno aventurar el pronóstico del resultado. Sea como quiera los franceses entrarán en México; y si necesario fuere irían muchas más fuerzas para dominar en la Capital y los Estados de Puebla y Veracruz: se establecerá un gobierno que, a lo menos en la apariencia, se diga llamado por el voto de los mexicanos, y se procurará, no lo dudo, por cuantos medios sean posibles, reorganizar de alguna manera aquel país. Pero entretanto ¿qué hará el gobierno de Juárez, o en su defecto otro u otros hostiles a los franceses? Irse internando y proclamarse el legítimo gobierno nacional; trasladándose de un punto a otro, cuando se vea amenazado por alguna columna francesa que se envíe en su persecución, y sostener así una lucha tan larga como ruinoso. Si esta resistencia fuere nacida de un verdadero patriotismo, podría aún esperarse que el convencimiento iría reduciendo a los de la oposición, y poco a poco aceptarían el nuevo orden de las cosas, como preferible para el bien general a los males de una guerra destructora e interminable; pero ya sabemos cuál es, en casi la totalidad de aquellos Generales y héroes improvisados, el interés que los mueve para no reconocer autoridad ninguna, hacer pronunciamientos diarios contra el gobierno existente y vivir a costa del país, robando y cometiendo todo linaje de excesos. Ese interés subsiste, porque no puede ocultárseles que el día que en México hubiere un gobierno fuerte, se les acabaría su reinado y tendrían que volver a la oscuridad de que salieron.

Las esperanzas que algunos abrigan de que, una vez los franceses en la capital y hecho un llamamiento al pueblo para establecer un gobierno, el país ha de pronunciarse por la intervención, me parecen ilusiones; y aunque ello sucediera, creo es preciso examinar si lo que allí se estableciera podría ser estable. Supongamos que al abrigo y bajo el influjo del ejército

francés se organiza allí un gobierno, sea republicano, sea Monárquico; pues bien, puede asegurarse que ese gobierno vendría abajo el día en que las tropas francesas salieran del país, y sería éste envuelto de nuevo en el mismo desorden y anarquía que antes tenía. Pero, me arguyen algunos de nuestros amigos, los franceses no saldrán de allí tan pronto; estarán el tiempo necesario para consolidar la obra; el nuevo Monarca de México formará un pie de ejército con gente de su país natal u otros extranjeros para su guardia; se irá organizando el ejército de México, poniéndole buenos oficiales, y como en todos los ramos de la administración se harán desde luego iguales útiles reformas se hallará el gobierno, en posición de sofocar toda revuelta, y de consolidarse del todo. Repito que todas estas son ilusiones de un deseo muy natural, y que yo mismo abrigo, pero que desgraciadamente no creo posible se realice. La permanencia de los franceses allí está sujeta a sucesos que no pueden preverse, y sin tener en cuenta lo impopular que es aquí esta intervención, y los sacrificios tan grandes de gente y de dinero que ya cuenta y aún contará, no puede asegurarse que, una vez entrado el ejército en México, cualquiera incidente inesperado lo hiciere volver a Francia. En cuanto a la otra idea de que en algunos pocos años podría hacerse lo necesario para dejar constituida la Nación, los que así opinan se olvidan de que la educación de un pueblo no se hace como por encanto. El de México, merced a los imbéciles o malvados gobernantes que lo han regido, está ya, no diré del todo desorganizado, sino corrompido, y sería un fenómeno que con los elementos que encierra pudiera organizarse una sociedad regular. Esos elementos no los encuentro yo ahí: para República ni los había cuando aquella fue proclamada, y mucho menos los puede haber en el día: para Monarquía se presentan hoy obstáculos infinitos; y para ambas formas de gobierno faltará siempre en la actualidad lo que forma una Nación, lo que da fuerza a un gobierno, e importancia a un pueblo, que es una población trabajadora, industriosa, acostumbrada a respetar las leyes, y en donde la fortuna pública se halla repartida de modo que tanto el rico propietario como el pobre artesano tenga un interés en la conservación del orden. ¿Hay esto en México?

De las reflexiones que anteceden deduciré V. la poca o, mejor diré, ninguna esperanza que abrigo del resultado de la expedición: creo que tarde o temprano saldrá del país sin haber logrado el objeto que llevaba, y que si

antes de evacuar aquel territorio deja organizado un gobierno, éste se desplomará en cuanto le falte su apoyo, y que las cosas volverán al mismo estado que hoy tienen y empeorando de día en día: no puede ser de otro modo. Los que se ciegan al punto de saborearse ya con la idea de una regeneración completa, se engañan. ¡Qué! ¿Cambiarán las cosas y las personas de allí porque se ponga a la cabeza un príncipe (cualquiera que sea su mérito) y se llame Monarquía lo que hoy se llama República? ... ¿Con qué elementos, con qué gente cuenta esa Monarquía para cimentarse y para administrar de modo que haga el bien y cicatrice las llagas de aquel podrido cuerpo político?... Con los mismos que le han conducido al miserable estado en que hoy se encuentra. Y no se diga que a la sombra de un gobierno regular aparecerán hombres capaces: yo no los veo ni sé de dónde han de salir. Desde que se hizo la Independencia apenas ha habido persona notable y de algún concepto en el país que no haya figurado en la escena pública, y ya hemos visto lo que han hecho. Después se ha ido echando mano de cuanto se ha presentado, y sólo Dios sabe el basurero de Ministros, Consejeros, Enviados, Senadores, Diputados y funcionarios de toda especie con que han regalado al país los continuos *pronunciamientos* que allí se hacen con el solo fin de derribar a unos para ocupar los otros los destinos y empleos públicos. Pues bien, ése es el plantel de donde hay que tomar lo menos pésimo para organizar una administración, a menos de que todos los cargos de grande y mediana importancia se confirieran a extranjeros, cosa que, sobre los inconvenientes materiales, tendría el de la odiosidad y descontento general; y yo pregunto al más crédulo, si con los hombres que han figurado antes, figuran ahora y tendrán que figurar después puede esperarse otra cosa sino la de ir siempre caminando hacia el abismo. No es para el cuadro de una carta confidencial extenderme como pudiera para dar otras muchas razones que tengo para desesperar del mejor porvenir de México, pero hay una que no debo dejar de apuntar por su suma importancia, y ya V. adivinará quiero hablar del escollo con que ha de tropezar todo gobierno en México (sea cual fuere) teniendo por vecino a los Estados Unidos. Bien supo el gobierno de aquella República lo que hizo enviando a México a Mr. Poinsett, y perfectamente llenó aquel diplomático la misión que se le confió: él sembró la semilla que ha ido dando tan abundantes cosechas, y desde entonces pudo todo hombre pensador penetrar las miras de los E.U. sobre

el territorio mexicano. Yo he creído siempre que la anexión de México a la Unión, como algunos mexicanos deseaban y aún desean, no tendría lugar, porque me parece que los planes de aquel gobierno no fueron los de echarse esa carga encima, sino la de mantener a México en un continuo estado de anarquía para que se desmoronase por sí propio, e irse ellos apoderando poco a poco del país sin imponerse grandes sacrificios y conforme pudieran ir poblando los pedazos que adquirieron. La actual guerra civil que hoy destroza a los E.U. demorará la realización de aquel plan, pero no evitará más adelante que se realice. Aún cuando, como es lo más probable, los Estados del Sur y los del Norte queden divididos; aunque se subdivida aún más aquella República y se formen otros gobiernos independientes, creo que el destino de México es el de ser tragado a pedazos por los yankees: será esto la obra de muchos años, acaso más que pensamos; pero al fin nuestra raza desaparecerá allí empujada por otra más emprendedora, más activa y más ambiciosa.

Tristísima es, como V. ve, la consecuencia que yo saco de los sucesos que se pasan al presente en México. Muchas veces me pregunto a mí mismo si no hay exageración en mi modo de apreciar las cosas, y confesaré a V. también (sin que en esto haya la menor hipocresía, sino tan leal y verdaderamente como lo siento) que la esperanza única que suele presentármese es la de conocer que no tengo ni el saber ni el talento necesario para acertar en estas materias, y que estoy del todo equivocado, o no alcanzo, como otros, el remedio que acaso que podrán tener aún aquellos males. ¡Ojalá fuera así! Tengo demasiado interés para no desear que todos mis pronósticos sean nacidos de mi falso juicio; pero cuando vuelvo la vista a lo que se pasa y en la realidad de las cosas me persuado más y más de que no es un capricho mío, sino obra de mi razón el pensar como dejo expresado.

Acaso al pedirme V. mi opinión sobre esta materia preocuparía a V. la idea de su regreso a México: éste es un asunto en que, aún cuando fuera yo capaz de darlo, debe uno no aventurar un consejo, pues sólo el interesado puede resolver, según las circunstancias personales en que se halla colocado. Dejando pues a la apreciación de V. lo que más deba convenir, creo que, en lo general, nada aventuraría V. y sus Illmos. hermanos, en acercarse a sus Iglesias, pues para esta fecha es imposible que no esté expedito el camino entre Veracruz y la capital: verdad es que ya sería algo tarde para los

que van de aquí, pues llegarían cuando ya hay que temer el vómito. Que allí harán Vds. mucha falta es indudable, como lo es, que si ha de haber remedio es necesario que todos contribuyan a poner su piedra en el edificio. Solamente, y como su sincero amigo, le aconsejaría, si se determina a regresar pronto, no se aventure a ir a su Diócesis mientras esté ocupada por los adictos al gobierno de Juárez, y aún después tener arreglados sus asuntos y dispuestas las cosas de modo que pueda V. estar expedito para salir del país y tener aquí recursos; porque no es fácil prever todo lo que pueda sobrevenir, no ocultándole a V. mi aprensión de que las dignidades a que S.S. ha elevado a varios Sres. Obispos mexicanos y el nombramiento que ha hecho de otros, ha de ser un motivo para que aquel gobierno y aquel partido se desate en una persecución aún más violenta contra Vds. y la Iglesia.

He dejado correr la pluma y me he extendido más de lo que me propuse: no dudo hallará V. mal hilada mi carta, pues no he cuidado sino de verter mis ideas tales cuales han venido a mi memoria. Ve a V. pues en lo que le digo mi buen deseo de no ocultarle mi opinión si en esto puedo ser a V. útil. Y ojalá que yo me equivoque en todo lo que dejo dicho. ❧

Su más atento Servidor y adicto amigo Q.B.S.M.

G. O'Brien